

José Ignacio.

José Ignacio es uno de los mejores cazadores que han pasado por la "Berdura". Cierta tarde a su regreso de ojear unas manchas se notó algo extraño. Sufrió un derrame cerebral del que fue intervenido en un hospital de Málaga. Allí lo visité y plasmé cuanto recordé de su andadura:

El recinto está lleno de palmeras. Pero solo una tiene su copa abarrotada de pájaros. Para poner en pie lo que esta imagen me ha evocado, tengo que concentrarme bien para recordar aquel tiempo tan lejano ya. Con siete años, la víspera de feria, el niño siempre acompañado de su primo Eduardo esperaba **pacientemente** a la sombra de un árbol del real a que levantasen la tienda de los cacharritos. Era el primero en comprar; en comprar una flamante escopeta de flechas. Ya no habría más feria para él, ni tampoco más saltamontes, ni grillos, ni lagartijas en los alrededores de la vivienda. Desde el alba tras el escarabajo pelotero y hasta bien entrada la noche con la espía a las salamanquesas de las farolas, se alargaba su cacería. Al escarabajo le echaba bastante aguante; observaba cómo el insecto depositaba sus huevos en la pelota de excrementos y cómo la transportaba haciéndola rodar hasta el nido para que allí los incubase el sol. Tanto del escarabajo como de la salamanquesa aprendía a tener la paciencia de la espera tan necesaria en todo cazador. Con diez años se agregaba a las batidas de caza menor en las que como un perro más levantaba las manchas. A los doce manejaba la gamo y la norica con gran maestría: donde ponía el ojo ponía el plomo, sobre todo, en el moño de las cogujadas. A los quince con la sarasqueta era dueño y señor de la pluma y del rabo en jarales y cañadas. Más tarde supeditando toda su vida a su vocación se hizo periodista de caza como no podía ser de otra manera; y, **concretamente**, en Trofeo. A partir de ahí, artículos y más artículos; amenizando, difundiendo, **denunciando** si llegaba el caso; recorriendo mundos, haciendo amigos, visitando ferias, pasando noches y noches sin dormir por vocación y por amor a su revista a la que está entregado como director y todo con la sencillez que siempre le caracterizó. En su día lo visité en el hospital de Málaga. Su cama daba por un ventanal a un patio a cielo abierto. Es curioso. El patio era amplio, abarrotado de palmeras, sin embargo, solo una, la que

daba al ventanal de su cama, se llenaba de pájaros: loros de distintas clases, gorriones moriscos, tórtolas turcas, palomas... Es cierto. Yo me pregunto si no sería un homenaje de estas aves al que tanto ama su entorno. Por si acaso yo me uno a ese mismo homenaje. Don José Ignacio Ñudi, ¡arriba!

A esta crónica se hizo eco el escritor y periodista Tico MEDINA de la que llegó a decir en la revista antes mencionada:

"Aseguro que hacía tiempo que no leía una tan bella crónica como la dedicada a nuestro "jefe de armada", el maestro Ñudi. Lealtad y estilo. Me hubiese gustado firmarla".

Tico MEDINA.

Hoy es el día de San Antonio Abad, conocido popularmente por San Antón. Donó sus bienes a los pobres y se fue a las montañas a llevar una vida contemplativa; una vida de soledad, de ayuno, de silencio, de oración y de recogimiento. Vivió ciento cinco años, la mayor parte de ellos entre animales. Hoy toca, por tanto, hablar de animales:

Así el perro de Olías, por comer en muchas bodas, no comió en ninguna; el perro del hortelano que ni come berzas ni las deja comer; los perros de Zorita que cuando no tenían a quien morder, se mordían unos a otros.

Hay muchos y distintos animales que están en frases que todos conocemos: gato por liebre, el amo engorda al caballo, el camello y el ojo de la aguja...

Hablando de animales no puedo dejar atrás a una liebre que yo tenía junto a unos veinte conejos. Una mañana desapareció de la conejera y por la tarde ya estaba entre los demás animales. A la mañana siguiente igual, no por la mañana y por la tarde, sí. Me puse en guardia un amanecer: levantaba la alambrada para salir de la conejera y por un caño de desagüe a la calle. Corría hasta el campo y se perdía entre la yerba nueva y fresca. Tanto a la...

2

mo a la venida buscaba el camino y el momento para no ser vista.

Tampoco olvido la perra de mi cuñado Paco, Blanca, que nunca entraba en casa, mas cuando notaba que llegábamos tras un tiempo, entraba y nos olía y, rápidamente, volvía a su sitio en la puerta.

Creo que todos tenemos algo que contar de algún animal y que, de estar en situación, lo llevaríamos en el día de hoy a pedir la bendición de San Antonio Abad, de San Antón.

Felicito a mi cuñado Antonio por llamarse Antonio Abad y haber tenido siempre la inclinación de marcharse a la "Berdura" para la meditación.

Manolo Fuentesal

Tomares, 17 de enero de 2025

A mi cuñado Antonio Abad por el día de su Santo.

Adiós a la "Berdura"

1ª

La Berdura fue durante muchos años el lugar de esparcimiento para seis amigos. Tras los últimos tiros de una montería, el dueño de la finca, José Luis, nos ofreció una pequeña casa abandonada de más de sabe Dios cuándo. Eso sí, en su puerta de madera resquebrajada lucía con prestancia en un color verde chillón su nombre con mucho orgullo: La Berdura.

Al abrir ilusionados con fuertes y seguidos empujones la que sería nuestra mansión, nos dimos en la primera estancia con una cocina apretujada a la derecha, y a la izquierda con una limitada chimenea más ennegrecida de lo que propiamente sería lo suyo, y justo al lado una alacena cuya puerta el tiempo la había agujereado y en la que en uno de sus anaqueles permanecía descolorido un tazón que en su vida pudo ser rosa. En la segunda estancia tres reducidos cuartos para estrechas camas individuales y en la que en el cuarto de en medio arrojaba de miedo toda su luz amarillenta una arrinconada luciérnaga. Adosado a lo anterior un amplio pajar que secundaba la carencia de catres.

Todos los años se daban tres monterías a las que asistían más de cien monteros y que todos pernoctaban allí. ¿Que cómo? Bajo las estrellas alrededor de una encina que ardía toda la noche y a la que se pegaban hacinas, guitarras, garrafas de solera, fandangos, café y muchas tostadas.

Después las temporadas de los seis solos. Esas temporadas que colman, hoy día, nuestras mentes de emociones, de nostalgias. No hay pluma que pueda describir fielmente esas horas en nuestra Berdura, en nuestra querida Berdura; que pueda describir fielmente esas noches estrelladas; describir fielmente esos troncos ardorosos, esos armanos, esas astucias, esas estratagemas para bordear la casa y en un pis-país traer a los buenos quisanderos lo suficiente para satisfacer veinticuatro horas.

No quiero hacer saltar vuestras lágrimas como me saltan a mí en estos momentos. Pero imaginar, por favor:

- a Fernando con su pijama impoluto,
- a nuestro Tin con su guitarra de cuatro cuerdas a las cinco de la mañana diciendo: perdonarme, pero me acuesto ya,
- a Eduardo levantándose cuando se acostaba el Tin pensando en su café y su tostada,
- en Lorenzo, somnoliento, poniéndose el calcetín del lado derecho y a los diez minutos el calcetín del lado izquierdo,
- a Antonio enrollándose entre mantas, dejándose afuera solo la nariz para respirar,
- a mí, a medio duchar, bebiendo y bebiendo leche toda la noche por la picadura del alacrán,
- aquella partida de domino para jugarlos una almohada y que al alborar la partida no había acabado,
- aquellas berenjenas rebozadas entre las hojas rebozadas de chumberas,

- aquellos buenos parabienes de nuestras mujeres cuando nos visitaban...

Soy, esta noche, echaría de buena gana una partida, pero no podemos, estamos todos picados...

Yo creía que Eduardo se salvaba de los males, pero esta mañana me ha dicho: ¡Qué va! Cuando no tengo el mal en la mano, lo tengo en una pata y cuando no lo tengo en el...

En fin, con mucha pena, adiós a nuestra querida Berdura.

He descrito la casa como era cuando nos la ofrecieron hace sesenta años. ¿Se acordáis de ella?

Abrazos

Manolo

Dirigida

a mi compadre Fernando

a mi hermano y compadre Lorenzo

a mí mismo Manolo

a mi compadre Antonio

a mi cuñado Eduardo

a mi cuñado Santiago

Mandaré copia a nuestro sobrino José Ignacio Nudi, expresidente de la revista Trofeo, que alrededor de esta Berdura empezó su ictus.

Vale

Alonso Iglesias Infante.

A mi amigo Martín Infante que recuerda,
igualmente, a Alonso y la casa donde vivía.

Hace mucho tiempo, pero el apellido Iglesias no se me ha llegado a borrar; es más, ha estado siempre presente en escenas retrospectivas de mi vida. No es que viviera en mi mismo pueblo, *Santa Bárbara de Casa*; ni en misma calle, *Isidro Escudero*, sino en mi misma acera. Siempre que me ha llegado el nombre de Iglesias, me ha venido, también, el recuerdo de nuestra calle y el nombre de *Almendralejo*, y siempre que me ha llegado el nombre de *Almendralejo* me ha venido, también, el nombre de Iglesias y el recuerdo de aquella calle de riscos y pedruscos en la que vivíamos. Vislumbro, a pesar de la opacidad del tiempo, a sus padres y esa casa en que vivían los Iglesias con un corral larguísimo como los de las casas colindantes y que la pandilla recorríamos con nuestros pertrechos de caza. El padre de Alonso y mi padre, compañeros militarmente, pudieron pasar muchas horas juntos tanto en servicios como en ocios.

En aquella época las matanzas se celebraban a bombo y platillos y se comía a mandíbula batiente sin reparar en gastos. En mi casa, los días de matanza, se reunían militares y vecinos. En las veladas que tenían lugar tras la cena, alguno se lanzaba a contar lo que mejor le venía en gana; recuerdo a un militar que empezó a narrar:

Un cura a su regreso del Vaticano fue asaltado y despojado de cuanto tenía, haciéndole jurar, a la vez, que nunca comentase el hecho ya que ellos eran bien conocidos, mas por ser ministro de la Iglesia, le dieron licencia para que pudiera contárselo a Dios; pero solo a Dios.

Hecho el juramento, los ladrones cogieron rápido las de Villadiego.

El infortunado cura agobiado por la adversidad, tomó descanso con resignación y tristura al pie de un regato de agua transparente, sin dejar de pensar cómo subsanar lo sucedido.

De pronto, se le iluminó la mente y se le inundó de gozo el alma. Al llegar a Catalana, -continuó el militar-, el cura invitó al cuerpo de guardia a la misa cantada del domingo; en el ofertorio, el cura se explayó contándole a Dios lo sucedido.

El militar tan metido estaba en su historia que retiró su silla de la mesa camilla y de pie imitando gestos y tonillo del celebrante cantó el ofertorio tan bien como si lo hubiese ensayado cien veces en un seminario, sin dejar atrás un ápice de lo que el oficiante había relatado del robo:



"De Civitaveccihia a Catalana, me robaron dos ladrones, uno delgado y rubio, otro rechoncho y moreno, haciéndome jurar que solo a ti, mi Dios, te lo diría..."

Así empezó el militar su narración cantando a continuación todo lo relatado anteriormente.

Los guardias invitados a misa, tomaron buena cuenta de lo que el cura le había contado a Dios.

Ahora, después de más de setenta años, cada vez que oigo una misa cantada, no puedo dejar de acordarme del ofertorio de aquel militar.

Alonso, que es el que nos trae a este escrito, dejó el pueblo a los quince años, pero no del todo, pues de vez en cuando daba sus vueltas a él. En Badajoz, por vocación empresarial levantó varias bodegas vinateras en *Tierra de Barro*, conocidas por *bodegas Iglesias*, y se hizo propietario de la plaza de toros de *Almendrales*; y por vocación a la pluma, a los veinte años era redactor del periódico *El defensor del pueblo*, y por vocación a la poesía, entabló amistad con Luis Chamizo y asistía a las tertulias literarias de Madrid. En reconocimiento a su labor el nombre Alonso Iglesias Infante preside calles, avenidas y polígonos industriales.

Leí en su día, que a don Alonso Iglesias se le podría considerar como *hijo ilustre de Santa Bárbara*.

Se cuenta que, en aquellos años bélicos por los que pasó España, Alonso, encerrado en un habitáculo, estuvo a punto de morir entre llamas con algunos más y que, en esos momentos de angustias, se encomendó a su patrona *santa Bárbara*. Pasados varios años, lo recuerdo bien, Iglesias llevó a su pueblo la imagen de la patrona para la *ermita de la Santa*.

En los años de niñez, arraigan un sinfín de hechos que a la postre toman vida como, ahora, el recuerdo de los Iglesias.

Me lo contaron en primera persona sin más luz.

Sin más luz

El tentemozo, suelto, repiquetea en los riscos. A veces no llega a oírse; se entretiene, sin duda, saltando entre las patas de las mulas; por los arre mulas que suelta el carrero, sé que son mulas. Más continuos son, sin embargo, el chirriar del eje y el traqueteo de las llantas. El traqueteo de las llantas, más que oírlo, lo siento, pues llega seco al espinazo y me tiembla en la barriga. Por atrás, un indiferente charloteo y risotadas. Pienso que nunca se habrá dado ni se dará un cortejo fúnebre tan divertido para los acompañantes ni tan triste para el finado. Me aterra hasta la oscuridad; y, precisamente, me aterra a mí que tan hecho estoy a la oscuridad de las cuevas. La verdad es que esta oscuridad es distinta; es como si, entre estas tablas de pino, estuviera reconcentrada toda la oscuridad del mundo. Sudo cuanto se puede sudar; de las patillas y del ombligo chorrean hilillos de agua que dejan, a su paso, corrientes de frío. Debería limpiarme, siquiera, ese fluir del bigote que me está asfixiando, pero la estrechez en que me llevan me impide el juego de brazos. Atrás oigo un cerrojo. De haberme quedado sudor en el cuerpo, ahora lo hubiese echado de golpe; era el cerrojo de un fusil. Me escoltan. Y no por mí, que ellos bien creían que llevaban un muerto. No podían pensar que fuera yo el que iba en el ataúd, ni mucho menos que fuera vivo, si a esto se le puede llamar ir vivo. Dicen que la hora que precede a la muerte es de recuerdos. Que en esa hora se vuelven a vivir todos y cada uno de los momentos más importantes de los vividos. Pero, ¡yo no voy a morir! Es cierto que me llevan en un féretro; que estoy aprisionado en esta caja de madera que tanto huele a pino joven; pero, ¡yo no voy a morir!; no voy a morir, sin embargo, se me amontonan los recuerdos como si fuera a suceder.

Acurrucado en un jergón, intentaba dormir. No comprendía bien el porqué nos habían llevado allí, al último cuarto del corral, a esas horas y tan aprisa. Mis hermanos, más pequeños, inquietos en un principio, dormían

ya hechos ovillos. Un **runrún** llegaba del **techo**; el **roer** de la **polilla** en los **palos**. Opté por **taparme** hasta la misma **cabeza**. Bajo las **mantas**, **unas** **lucecitas** **me iban** y **venían**; por no verlas, **apreté** los **párpados** **con** **fuerzas**, pero **se me** convirtieron en cientos de **imágenes** extrañas: **caras** viejas y feas que se **alargaban** y **alargaban** para después **encogerse** y **encogerse**; miradas **fijas**, **como** de **búhos**, que **me** **atravesaban** la **frente**... De pronto, se **abrió** la **puerta** que da **al** **cuerpo** de **casa** y **cesó** el **roer** en los **palos**. En el **silencio** de la **noche**, **unos** **pasos** se **acercaban** y **llegaron** hasta el **cuarto**, hasta el **mismo** **jergón**. Sentí que **nos** **observaban**. Ahora, solo **entreoía** **unos** **golpes** **secos** y **acelerados** en mi **pecho**. Debí quedarme **dormido**. A la **mañana** siguiente, mi padre nos **zamarreó** y dijo:

- Tenéis **un** **hermanito**. ¡Vamos a verlo!

De mi padre recuerdo muy bien la **agilidad** de sus **manos**:

-Hijo, ¿**damos** **un** **paseo**? - **me** **decía**. Y **me** **llevaba** al **campo**. En el **pinar**, **con** la **corteza** de algún **tronco** y su **navaja** de **cachas** de **hueso**, **me** **construía** **barquitos** y, mientras yo los **hacía** **navegar** en el **arroyo**, él **arrancaba** **juncos** **verdes** con que **trenzarme** **zurriagos** y **maracas**.

Mi **madre** **también** se **desvivía** por **nosotros**. De ella tengo más **grabado** **su** **estar** a la **cabecera** de nuestra **cama** y el **contacto** de **sus** **manos** en mi **frente**.

De los dos **juntos**, **saco** en **claro** el **amor** y la **entrega** a **sus** **hijos**.

-¡Serán **putas** las **mulas** éstas!

Y el **carrero** **llevaba** **razón**. Han **debido** **coger** los **pasos** **peores**, **porque** he **sufrido** el **golpe** de la **llanta** y **me** ha **parecido** que la **caja** se **precipitaba** al **vacio**. Ha **parado** y de un **empujón** ha **puesto** el **féretro** en **su** **sitio**. Después, **con** otro **jarre** **mulas**!, ha **vuelto** de **nuevo** el **traqueteo**.

No **logro** **comprender** bien por **qué** los **mataron**. Recuerdo, es **verdad**, **cómo** mi **madre** **llegó** a **decirle** una **vez** a mi **padre** que **hablara** más **bajo**, que las **casas** no **tenían** **paredes**, que **cuanto** en **una** se **decía** **volaba** **como**

la pólvora hasta la última del pueblo. Lo recuerdo muy bien; fue la noche que él entró como un rayo y, tras echar la tranca, dijo:

- Acaban de llevarse a otro.

Tenían miedo. Pero, no solo ellos; el miedo era de todos; el miedo era del pueblo; estaba en el pueblo. A todas horas y por todo sitio se notaba la tensión. Fueron muchos los que se tiraron al monte; los que se fueron fugitivos.

Por aquellos entonces, mis padres se fueron de caseros a unas tierras cerca de la raya de Portugal. Un día nos sorprendieron; la puerta se abrió de par en par y, en un santiamén, se plantaron en el comedor. Mi padre intentó saltar, pero los escopeteros, sin mediar palabras ni echarse culatas a la cara, descargaron sobre él; después, sobre mi madre. Cayeron de bruces; ella, encima de él; juntos formaban una cruz. Un reguero de sangre corría por la pendiente de la casa. Yo apiñé a mis hermanillos en un rincón hasta no sé cuándo.

Mi vida empezó a estar tan revuelta como la del pueblo. Al final, eso me iba a llevar a estas cuatro tablas que me aprisionan.

Tras la muerte de mis padres, nos recogió una tía nuestra que pronto se cansó de nosotros. De esta pasamos a una vecina y de esta a otra; por lo visto, tendríamos el demonio en el cuerpo. De no haber sido por los dos pequeños, que uno acababa de salir de culero, no hubiésemos aguantado tanto, pues el otro con ocho años y yo con once, ya nos habríamos sabido defender. Poco tardamos, desde luego, en dar el paseo. Yo me pasaba más tiempo correteando el campo que en la casa que nos iba correspondiendo. Cierta día encontré una cueva, atravesé la laguna que cubría la entrada y cuyas aguas me llegaban hasta el pecho. Resultó ser la galería de una mina abandonada. Me gustó; tanto me gustó que, rápidamente, la elegí como refugio. Acarreé haces y haces de juncias y

torviscas para que nos sirvieran de camastros. Y, cuando lo tuve todo preparado, una mañana, sin decir a dónde, abandonamos el pueblo y nos metimos en la cueva.

Me dediqué a pordiosear: más por chozas y cortijos que por el mismo pueblo. En un principio la gente correspondía; sin embargo, quizás porque la situación era dura para todos, se le fue endureciendo el corazón. A mí, también; éramos cuatro bocas y me tocaba alimentarlas. Tomaba lo que daba el campo y si el campo no, tomaba lo que fuera de donde fuera. No llegué a perder ni un descuido de los demás; me ocultaba en sitios estratégicos para llegar a conocer bien el ir y venir de unos y otros; y, cuando tenía la ocasión propicia, me adentraba en las casas y me llevaba cuanto a mano había. En Portugal, me hice de una flamante escopeta que ya nunca abandonaría en mis andanzas.

Una mañana entre otras, antes de amanecer, me acerqué bastante hasta el cortijo donde vi morir a mis padres y, en lo más alto de una copuda encina, me puse a observar. El casero no tardó en salir ni en aparejar la burra. Y, a poco más, él y la mujer emprendieron camino del pueblo, dejando la llave, tras cerrar la puerta, debajo de una laja. Cuando los hube perdido de vista, abrí y empecé a rebuscar por todos los rincones en los que poder encontrar dinero. Pero algo debió terciarse, pues la mujer apareció de pronto; me reconoció y, como si hubiese visto al mismo diablo, se santiguaba una y otra vez.

No le dio tiempo a repetirlo muchas veces. Antes de cruzar el umbral en su intento de huida, disparé y cayó muerta.

En mi carrera hacia la mina, no llevaba remordimientos; es más, creo que sentía el placer de un deber cumplido: haber vengado la muerte de mis padres.

Los días siguientes, noté un gran movimiento de cuadrillas; sin duda, me buscaban. Por si me cogían y me cogían muerto, guardé, en unos de mis bolsillos, un papel en el que señalaba el lugar en que se encontraban mis

hermanos pequeños, que el otro huyó al monte tan pronto le conté el suceso con la mujer.

Días más tarde me crucé en Ficalho con un portugués conocido y, al rato, la Guardiña portuguesa me prendía. El portugués buscaba la recompensa.

No quiero recordar mi traslado al pueblo. La sogá de esparto que ataba mis muñecas, me despellejaban; sobre todo, cuando tiraban no sé si por comprobar nudos o hacerme sufrir.

El juicio pudo ser más rápido. Creo que el juez del lugar así lo quería, y muchos presentes con remordimientos, también. Pero no era esa la postura de otras partes con ansias de muerte. Supliqué leyeran el papel que llevaba en uno de mis bolsillos y, en seguida, algunos fueron a recoger a mis hermanos. El juez llegó a preguntarme:

-Hijo, ¿por qué matas?

Yo me limité a contestarle:

-Y ¿por qué mataron a mis padres?

Él añadió:

-Es cierto, hijo; no eres tú solo el culpable de todo.

En el penal, los presos morían como chinches. Un atardecer le tocó a mi compañero de celda. Lo metieron en una caja y me lo dejaron allí toda la noche. Ni me lo pensé. De madrugada cogí al muerto que pesaba una enormidad, lo arrastré a mi cama y le tapé hasta la cabeza. Después, puse de nuevo la tapadera en su sitio, eché el gancho de uno de los lados y, entreabriendo el otro, me metí adentro. Serían las primeras horas de la mañana cuando se oyó la voz del carcelero que decía:

-Ahí lo tenéis.

Las mulas, una vez más, debieron coger malos pasos y la caja se deslizó; tanto, que el mismo carcelero se vio obligado a sujetar la embestida para evitar que rodara por el suelo. En su ayuda advirtió que el féretro pesaba

menos de lo que tenía que pesar con un cuerpo como el del que había muerto.

-¿Qué pasa aquí? – gritó.

Y en el momento de abrir la caja, salté y corrí hacia el interior de un pinar que nos cercaba. Ráfagas de metralletas barrieron el lugar. Me hirieron y sentí las manos de los guardianes que me atrapaban. Después, nunca jamás supe más de mí.

Un nuevo libro

Antonio Escudero Infante presenta un nuevo trabajo, **un nuevo libro**. Es de poemas y lo titula:

"Mi Andévalo, mi Pueblo, mi Gente".

El título ya dice mucho de él, de Antonio.

Es curioso; **en la presentación no** le impresiona **su libro**, **ni ese lote de libros** que tiene sobre la mesa para regalar. Le impresiona y se entusiasma más con la gente que le rodea; **con su gente** que es lo suyo.

En la calle un día de frío, de invierno crudo. El local abarrotado lo atempera el calor humano del acto de Antonio. Profundo silencio.

La señora alcaldesa abre el acto. Habla largo y tendido del autor. Habla loablemente de su trayectoria, de su entrega al pueblo. Le sigue el alcalde de Puebla de Guzmán, diputado también; la concejala de cultura y la directora del Aula de Poesía del Palacio de Mora Claros. Todos resaltan en Antonio, las mismas inquietudes que la señora alcaldesa. José María Mateos tan amigo como hermano del autor, leyó el prólogo del poemario que él mismo había elaborado. José María dice que Antonio **es templado**, tranquilo, servicial y lleno de inquietudes; que lo mismo escribe un poema que dirige **u programa** en Hispanidad Radio.

Antonio manifiesta que él no se tiene por poeta. José María Mateos corrobora en su prólogo esas mismas palabras en él.

Si él dice que no se tiene por poeta, que valga; pero que no **nos diga** que no tiene ese hondo sentimiento como Miguel Hernández, su poeta preferido, cuando escribe de su tierra, de los jornaleros y labradores. Y que no nos diga que no tiene un hondo sentimiento cuando en el local abarrotado de gente se le nublan los ojos y se dirige su mujer y, públicamente, le dice: "Pepi, te quiero".

A continuación, amigas y amigos recitan de su libro poemas "bien leídos, bien entonados y bien sentidos". Pepi Molina, con voz potente, resalta el

valor cristiano de Santa Bárbara, Patrona del Pueblo. Otro lector abre el Poemario y **entona unas** estrofas por el cante de la Trilla; **ese** cante que, **con la marea** que llega de Huelva, “templa al campo, temple a las mulas y temple el calor sofocante de la era”. Puso los vellos de punta. **Un nieto de Antonio con voz infantil y encantadora**, cerró esta parte **del Acto**.

Por último, **un coro santabarbero** canta sevillanas y un pasodoble **con el** que Antonio, lanzándose a la pista, da por finalizado **la presentación de su Libro**. Después unas cervecitas y **unas** tapas de la tierra.

Con este Libro, Antonio, vas a llevar a la historia

A tu Andévalo

A tu Pueblo

Y a tu Gente.

ENHORABUENA

La Feria de los años cuarenta.

Daniel, tú me has insistido mucho que te cuente mi vida, pues ahí va uno de los días más bonito de mi niñez: la Feria

Cuando llega el camión de los músicos del Cerro, la Resolana está ya abarrotada de gente espabilada y con un rabioso gusanillo de fiestas en su interior. Saltan del camión y desempolvan sus trajes azules. Cuando los botones dorados brillan al sol y los instrumentos están afinados, empiezan a corretear las calles entre gigantes y cabezudos. Una mañana de luz clara, de alegría, de palos teñidos de blanco y azul, coronados de verdes cadenetas y rojos globos de papel a todo lo largo de la calle Rica. Huele a limpio. Las horas se alargan al son de festivos paracalles, mientras llegan los aúpas en la cucaña y los sorteos de rojas sandías a la voz de sangre pura de Viriato. De alguna parte se deja oír de un acordeón, un pasodoble portugués; de otra, los cohetes que soliviantan a las golondrinas y hacen croto-
rar a las cigüeñas en la media naranja. En el porche de la iglesia, la banda interpreta el Concierto de Aranjuez en el que ponen todo su afán: el del saxofón se retuerce; saca tripas el del bombo; el del clarinete se alarga; y el de las maracas hace con su cuerpo tal alarde de malabarismo que pone en acción a la concurrencia. Tras el Concierto, sesión vermouth en el casino de Paco para los mayores y de refrescos, en sobres, para la chavalería en los alrededores.

dores. Por la tarde repiqueteos de la rifa, gorjeos de amarillos canarios de cera, travieso Bartolo que ni sube ni baja ni está quieto, niños con flautas buscando a Pasca para que los aleccione en los agujeros que hay que ir tapando; los garrotes de adelfa, las carranacas, las carreñas de cintas, el retrato al pie del Ayuntamiento, el dulcero del Cerro con su cesta de mimbre y bien conocido por El gigante y, cómo olvidarlo, los dedos gordos de Tío Tomás quitando las moscas de las orejas de los niños; y, tras la calle del cuartel, el Club Deportivo lucha con buenos futbolistas de los que Antonio Jónier, en su día, nos dio sus nombres: Amadeo, Michelé, Navarrete, Fuentesal, Félix, Encarna, Rojas, el Calañés, Jeronín, Patri, Gonzalo, Teodoro...

Gracias, Antonio, por compartir con nosotros el recuerdo de aquel equipo de ilusiones como tú lo llamas.

Y al final, veladores con vino blanco enfriado en agua de pozo, vales, turrónes del puesto de la valverdeña y, al alba, chocolate y ruedas de tejerinos en la Resolana.

La Feria de los años cuarenta

Daniel, tú me has insistido mucho que te cuente mi vida, pues ahí va uno de los días más bonito de mi niñez: la Feria.

Cuando llega el camión de los músicos del Cerro, la Resolana está ya abarrotada de gente espabilada y con un rabioso gusanillo de fiestas en su interior. Saltan del camión y desempolvan sus trajes azules. Cuando los botones dorados brillan al sol y los instrumentos están afinados, empiezan a corretear las calles entre gigantes y cabezudos. Una mañana de luz clara, de alegría, de palos teñidos de blanco y añil, coronados de verdes cadenetas y rojos globos de papel a todo lo largo de la calle Rica. Huele a limpio. Las horas se alargan al son de festivos pasacalles, mientras llegan los aúpas en la cucaña y los sorteos de rojas sandías a la voz de sangre pura de Viriato. De alguna parte se deja oír de un acordeón un pasodoble portugués; de otra, los cohetes que soliviantan a las golondrinas y hacen crotorar a las cigüeñas en la media naranja. En el porche de la iglesia, la banda interpreta el Concierto de Aranjuez en el que ponen todo su afán: el del saxofón se retuerce; saca tripas el del bombo; el del clarinete se alarga; y el de las maracas hace con su cuerpo tal alarde de ma-

labarismo que pone en acción a la concurrencia. Tras el concierto, sesión vermouth en el casino de Paco para los mayores y de refrescos, en sobres, para la chavalería en los alrededores. Por la tarde repiqueteos de la rifa, gorjeos de amarillos canarios de cera, travieso Bartolo que ni sube ni baja ni está quieto, niños con flautas buscando a Pascua para que los aleccione en los agujeros que hay que ir tapando; los garvotos de adelfa, las carrañacas, las carreras de cintas, el retrato al pie del ayuntamiento, el dulcero del Cerro con su cesta de mimbre y bien conocido por El Gigante y, cómo olvidarlo, los dedos gordos de tío Tomás quitando las moscas de las orejas de los niños; y, tras la calle del cuartel, el Club Deportivo luchaba con buenos futbolistas de los que Antonio Gómez, en su día, nos dio sus nombres: Amadeo, Michelé, Navarrete, Fuentesal, Félix, Encarna, Rojas, el Calañés, Teromín, Patri, Gonzalo, Teodoro...

Gracias, Antonio, por compartir con nosotros el recuerdo de aquel equipo de ilusiones como tú lo llamas.

Y al final, veladores con vino blanco enfriado en agua de pozo, vales, turrónes del puesto de la valverdeña y, al alba, chocolate y ruedas de teyeringos en la Resolana.

El globo

Un año estuve muy nervioso esperando la Feria. Hacía tiempo que habían anunciado que ese año lanzarían un globo y yo llevaba el mismo tiempo sin dormir y, si dormía algo, no era sino para soñar con él. Una noche, en mis sueños, me vi montado en él surcando el cielo del pueblo, cortando un aire frío que me helaba los cachetes y sin tirar mucho lastre porque me gustaba ir rasante a los caballetes. Desde arriba veía a mucha gente, pero mis ojos se quedaron clavados en unos amigos que hacía tiempo que dejé de ver: en Cinta y Paco el día por el sur y en Juan el del Lunar y en las hermanas Virginia y María por el norte. Se esfumó el sueño y llegó el día y la hora. En la calle Rica, frente a la botica, se nos mostró a todo lo ancho y alto que era. ¡Qué sensación de felicidad! Después prendieron fuego a la mecha para inflarlo de humo. Y... algo tuvo que pasar. ¡Qué decepción! Del globo solo ascendió una llamarada multicolor. Quizás diera al traste con todo, pues ya nunca jamás se volvió a hablar de globo alguno.

Pandemia

No es temprano, aunque lo parezca. Llevo media hora en la ventana que mira al norte. Un silencio sobrecogedor. Nos ronda el covid- 19.

No pasa un coche, ni persona alguna; tampoco pían los gorriones; es cierto que están al borde de la acera donde mi vecino les desmenuza un mendrugo todos los días, pero no pían, ni se engrescan como suelen hacerlo. Ellos están, también, entregados al silencio.

Después me he pasado por la huerta a ver al abuelo ya que hoy se ha animado a ir por allí. Estaba sentado en un risco al borde de la acequia donde el agua corre limpia y transparente; alrededor, la hierba recién cortada desprendía olor y frescura. Seguía preocupado; posiblemente, decaído. Él siempre me había recibido con alborozo; esta vez, apenas pudo desviarse de lo que le embargaba; no obstante, reparé en su intento de rehacerse con su sonrisa afable.

En un impulso se ha puesto de pie y me ha sentado en su risco. Luego me ha llevado a la higuera y ha elegido la breva más llamativa y me la ha ofrecido a dos manos y, paso a paso, me ha llevado, también, hasta la fuente y de su fluir hilo a hilo ha llenado a rebosar de agua fresca un cuenco de corcho con el que, igualmente, me ha obsequiado. A punto de irnos a casa, me ha confiado una llave sin darme luz a sus deseos....

Juntos hemos emprendido el regreso sorteando rochos. La cuesta arriba y la cesta de hortalizas han hecho que el abuelo haya subido ligeramente encorvado. Ya en casa, de pie dentro de un barreño de agua, veía cómo por la flaccidez a la que había llegado desde que se llevaron a la abuela, le resaltaban sus costillas y cómo, por sus años, sus orejas crecían día a día. Visto así, el abuelo era una efigie.

Después se notaba claro que, mientras regaba el jazmín, atraía de su compañera recuerdos de tardes serenas; pero, a la vez, le llegaba la cruda realidad del presente, la de estas noches en la soledad de la alcoba.

Ya tampoco se llega al poyo donde se reúnen los amigos para hablar del pasado. Es cierto que sus rodillas no le hacen el juego suficiente para los pedruscos de estas calles, pero eso no es todo; la realidad es que el abuelo

está afligido; intento alentarle, mas es difícil conseguirlo sumido como está en la pena.

Entre dos luces he hecho que el abuelo se siente como de costumbre en el umbral de su casa; ahí se evade con la lagartija que sale de su laja, con el canturreo de la joven que barre, con el corretear de los niños en la empinada cuesta y con los saludos de cuantos pasan, porque el abuelo es querido, muy querido en el pueblo.

Desde que se llevaron a la abuela, además de triste se muestra desdeñoso a su pesar. Yo que lo conozco bien y me adentro en él, sé de su dolor latente y, sobre todo, del dolor de esas noches en que los recuerdos se le acumulan y lo acribillan, pero él sigue y se aferra en ellos; en los de su compañera; recuerdos de toda su vida junto a ella. Ahora a sus ochenta años, en sus vidas ya remansadas, se llevan a su mujer por calenturas; y ella que nunca se quejó, se deja llevar sin saber a dónde. Es desde este momento cuando más le atormentan los recuerdos. Encerrado en casa, sin noticia alguna; intenta encontrarla en imágenes de los medios: en algún catre, en alguna silla, en algún rincón. Es una ciudad convulsa; policías y furgones funerarios; enterramientos sin ritos; torres sin toques, calles sin gente, plazas sin niños. Unas mirlas arremeten sobre el mendrugo desmenuzado en la acera y los gorriónillos, asustados, trasvuelan a los muñones de los árboles talados. Las horas pasan mudas hasta el atardecer que se levanta el estado de alarma. Ahora las puertas, cautelosas, se van entreabriendo, dejando escapar bocanadas de olores a lejía; parece que la tristura va a tomar vida, pero, en realidad, solo lo parece. Un perro ansioso por callejear tira de la cuerda con la que su dueña intenta dominarlo. El ambiente se llena de mascarillas, de orejas aplastadas; de codos que más que hablar, besan; hay que evitar contactos, evitar contagios; jóvenes sin cordura que hacen caso omiso; a las ocho, todos se reúnen al resistiré y a la cordialidad entre vecinos que nunca se habían hablado. El tiempo pasa rápido y rápido se regresa al confinamiento, jadeante por haber aprovechado al máximo el tiempo permitido.

Un cielo ceniciento lo cubre todo. El abuelo hubiese querido despedirla como se acostumbra aquí en el pueblo: en nuestra iglesia y ante el Cristo al que ella tanto le rezaba. Pero el abuelo no habla ni aparta la mirada del chinero donde unos hombres, cubiertos con plásticos blancos, depositaron una urna con las cenizas de la abuela.

Tengo muy presente el día que se la llevaron; el día que el abuelo se quedó sin ella. Pasaban los días sin saber de su paradero ni de su estado. Yo desde entonces no lo he dejado solo; él sumido en su pena; yo, sin poder quitármela de la cabeza, recordaba cómo me acurrucaba a su lado las noches en que el frío traspasaba la teja vana.

Uno de los de la bata blanca dejó caer que no había respiradores para todos; médicos que lloraban antes sus enfermos; sanitarios que se entregaban con el alma. Pero, todo eso para él, ya no cuenta. Él, llano como siempre, no habla mal de persona alguna.

El abuelo. ¿Cuántos abuelos...?

Maestros

De mi primer maestro en la escuela del callejón guardo una frase que a mis cinco años me impactó y que nunca se me ha borrado de la memoria. Después esa frase la he leído muchas veces en los cuadernos con pastas rojas de mis hermanos: **"Un día el hombre llegará a la luna"**. Mi segundo maestro, ya en la escuela de la calle Rica, era alto, delgado, de continuos pestañeos y de dedos azafranados por la nicotina. De él recuerdo la excursión al cabezo de las Carramolas; es posible que por ser la primera salida que hicimos se me quedara tan grabada en la memoria y con el paso del tiempo tan consolidada. La ida la hicimos con canciones que tras la guerra estaban en boga como **"Yo te daré una cosa que yo solo sé, café"**. Mucho tiempo después llegué a saber que esa palabra **"café"** encerraba el **"Camarada, Adelante Falange Española"**. Tras coronar el cabezo nos dimos con un pinar umbrío en cuyas copas anidaban un sinnúmero de aves a las que una mirla alertó con aspavientos y las hizo trasvolar en desbandada. Aunque la mañana se presentó neblinosa no tardó en despejar dejando un día claro. Las inmediaciones del recinto monte bajo, sobre todo torviscas con las que el maestro prendió fuego para calentar el potaje que había cocinado de antemano; me impresionó el arroyuelo que bien crecido arriba descendía con tal fuerza que abatía los lirios de las márgenes; al llegar abajo se remansaba y discurría despacioso hasta perderse. En un hule desplegado sobre la hierba húmeda del rocío el maestro dispuso un almuerzo abundante. Cerca ya la Navidad nos incitó a cantar villancicos mientras reposábamos la comida; el primero que entonamos fue el más peculiar del pueblo: **"Ya vienen los Reyes/ por las Carramolas/..."** A esto el maestro nos comentó lo que recalcaba **Benedicto XVI**: **"más que reyes eran magos; más que sabios, buscadores de Dios y más que venir de oriente que lo hicieron de occidente; de Tharteso"**. Después de esas palabras cuántas noches he soñado que los Magos estuvieron siempre a un paso de mi casa.

A todo esto, me vienen, de esta escuela, bochornosas imágenes: rincones donde se despellejaron rodillas, ventanales que chorrearon churretes exhibiendo grandes orejas, miedos en cuarto oscuro de ratas y nalgas ensangrentadas por la decisión de un alumno encargado.

Eso sí, siempre estaré agradecido a los que iniciaron mi enseñanza, y recordaré con cariño la cartilla en la que empecé a leer, el cuaderno de palotes, la tinta de anilina y la pizarra en la que tracé mi primer número.

A José Rincón

Muchos años juntos. Quien lo ha conocido no se olvidará de él. Buen compañero, buen amigo, buen profesor y, sobre todo, buen educador; en este apartado es donde él ponía su mayor interés. Qué bien veía anímicamente a su clase; cuando un alumno estaba triste y conocía su motivo, ese motivo se borraba y jamás se hablaba de él; hacía que su alumno pasara, que lo olvidara, es más, que disfrutara con su indiferencia. Para ayudarlo le resaltaba todo lo bueno de él y que era donde tenía que centrarse, alegrarse y felicitarse. Este compañero anteponía el amor a sus alumnos antes que buscar el prestigio profesional. Pensé que esta parte un alumno suyo lo haría mejor que yo; como tengo a mi nieta a un paso y los demás alumnos quedan muy lejos, a ella se lo he pedido:

"Recuerdo levantarme un cálido de día de verano. Los amigos de mis abuelos iban a

cenar bajo mi techo. Tenía que causarles buena impresión ya que los amigos de mis abuelos debían de ser mis amigos. Interrogué a mi madre para informarme de estos invitados tan especiales. Cuando me dijo el nombre de Pepe me sonreí y al decirme su apellido Rincón me provocó una carcajada. A cada uno de los amigos le hice un dibujo y a Pepe le hice dos. Pasaban los años y me mandaba regalos, mensajes; era mi apoyo. Solo con una visita y dos dibujos superó todas mis expectativas y podía decir orgullosa que yo era amiga de Pepe Rincón. Recuerdo cuando me mandó escritos de su hija; uno de ellos me llamó la atención "La curiosidad mató al gato". Al leer el título anhelaba comprenderlo y por ello pregunté a mis padres, a mi hermana y a mis amigos sobre el significado de esta curiosa frase que nunca había escuchado. Todos me respondieron que era un dicho para avisar sobre los peligros de la curiosidad. Esta respuesta no me convencía ya que la curiosidad era el pilar de mis pensamientos. Pasan los años y sigue grabada en la sien sin encontrar un significado que logre despejarme la duda.

Cuando la enfermedad nos encerró y nos machacó, el miedo a perder a mis seres queridos me ahogaba. Todas las noticias apuntaban a que alguna tragedia venía de camino y así fue. Su muerte me pilló desprevenida debido a que sus cálidos mensajes ya era costumbre, a mi gran amigo se lo habían llevado. Tras pasar días envuelta en pena recordé aquellos momentos que había pasado junto a él.

En cuanto a la duda del escrito de su hija comprendí que hay veces que el ser humano pregunta más de lo que puede comprender.

Él está presente cuando escribo, cuando leo, cuando pienso y cuando miro al cielo. De las miles de estrellas una es su alma que me acompaña para guiar mis pasos hacia nuevas aventuras".